

LA UNIVERSIDAD DE HOY EN LA ENCRUCIJADA

Marta Burguet¹
Francisco Esteban²
María Rosa Buxarrais³
María Azevedo⁴

Resumen

Desde que en 1999 se firmara la Declaración de Bolonia, si no antes, la universidad está siendo objeto de un intenso debate. Salvando las particularidades, por un lado nos encontramos con un modo de pensar en la universidad que no quiere renunciar a su pasado y que centra su mirada en una historia más o menos gloriosa. Por otro lado, nos hallamos ante un discurso que defiende una universidad adaptada a los tiempos, una nueva universidad que, quizá, poco tenga que ver con su pasado. Ambas concepciones tienen sus bondades, pero también presentan ciertas debilidades y, lo que es más importante, ninguna de ellas parece ofrecer una explicación completa sobre la universidad que demanda la posmodernidad. Defendemos que, lejos de lo que pueda parecer, no se trata de posiciones en contraposición, ni incompatibles. El presente trabajo se dedica a ofrecer un posible punto intermedio.

Palabras clave: Universidad; Formación Ética; Postmodernidad; Bolonia

1 INTRODUCCIÓN

Casi diez siglos después de la instauración de las primeras universidades, la universidad no ha dejado de ser objeto de un debate constante, debate que, a pesar de las múltiples variables que lo conforman, se enraíza en su misión, en el sentido de su existencia, en definitiva, en su razón de ser (Wyatt 1990; Bonvecchio, 1991). El siglo XXI ha comenzado con profundos y significativos cambios (Giddens, 1991; Castells 1996), y el debate sobre la

¹ Professora Associada do Departamento de Teoria e Historia de la Educación, Universidade de Barcelona; GREM (Grupo de Recerca en Educació Moral); mburguetarfelis@ub.edu

² Professor Titular do Departamento de Teoria e Historia de la Educación, Universidade de Barcelona; GREM (Grupo de Recerca en Educació Moral); franciscoesteban@ub.edu

³ Professora Catedrática do Departamento de Teoria e Historia de la Educación, Universidade de Barcelona; GREM (Grupo de Recerca en Educació Moral); mrbuxarrais@ub.edu

⁴ Profesora Catedrática do Departamento de Educação e Psicologia da Universidade de Trás-os-Montes e Alto Douro, e investigadora del Gabinete de Filosofia da Educação - Instituto de Filosofia da Faculdade de Letras da Universidade do Porto; mazevedo@utad.pt

universidad está más vivo que nunca. El nuevo escenario económico, político y social, sitúa a la universidad en una posición de protagonismo indiscutible (European Higher Education Area: European Commission European Council; OECD; European University Association; MICINN, 2010).

Dicho a grandes rasgos, el sector económico afirma que las instituciones universitarias deben implicarse de lleno en la economía de las comunidades en las que éstas se encuentren insertas. La universidad, incluso, y según los más críticos, no puede seguir siendo una institución que sólo se limita a recibir recursos, usualmente a fondo perdido, por parte de la Administración y otras organizaciones empresariales, sino que debe ingeniárselas para mantenerse a flote de forma autónoma, es decir, para generar algún tipo de riqueza (OECD, 2007). Algo similar ocurre con el discurso del sector social contemporáneo, que considera que la universidad debería ser una de las piezas clave para construir una sociedad más justa y equitativa (Laredo, 2007). Las instituciones universitarias argumentan las voces más críticas y esperanzadas, al mismo tiempo que deben ser centros de trabajo y de formación de personas que atesoren cierta altura ética y moral que les permita hacer un buen uso del conocimiento superior (Thorens, 1996). Los jóvenes universitarios demuestran no tener un elevado compromiso social, no se identifican con las instituciones políticas ni con las costumbres de la sociedad actual, hecho que, por cierto, preocupa cada vez más a las democracias occidentales (Forbrig, 2005; Saha, Print & Edwards, 2007; Duke, 2008). La tendencia individualista de los jóvenes contemporáneos es un asunto directamente relacionado con la formación universitaria (Beck, 1992; Giddens, 1991), y ésta se ve en la necesidad de formar comprometidos ciudadanos además de excelentes profesionales (Esteban, 2004). Además, los jóvenes de universitarios de hoy se ven envueltos en una serie de situaciones profesionales y sociales que son auténticos dilemas éticos (Sloam, 2008), y ante los cuales deben ofrecer una respuesta de cierta altura moral. Por supuesto, también las investigaciones que se realizan en la universidad, sean del ámbito que sean, deben aspirar a los grandes valores universales. Sobra mencionar la responsabilidad que se le otorga a la universidad de hoy en lo que se refiere a la formación de profesionales, pues recae en ella un gran papel en esa construcción de saberes y conocimientos para el bien ser profesional (González, and Wagenaar, 2003) y no meramente para el buen hacer y el buen saber profesionales.

La universidad contemporánea, por su parte, no se ha colocado de espaldas a la realidad como en otras épocas. Es más, la nueva propuesta del conocido Espacio Europeo de Educación Superior (European Higher Education Area) trata de acomodar la universidad al

devenir de los nuevos tiempos para poder, así, dar respuesta a las demandas económica, social y profesional, anteriormente señaladas. El tiempo nos dirá si el *Proceso de Bolonia* es realmente un proceso de convergencia, o de simple yuxtaposición entre sistemas universitarios que trata de aligerar la burocracia cada vez que se quieran acometer proyectos conjuntos, como puede ser el intercambio estudiantil. Sea como sea, la posición que pueda ocupar la universidad del siglo XXI en el orden establecido resulta de vital importancia para tan digna institución, pues marcará su devenir. Se puede pensar que la universidad debe acomodarse al nuevo orden y, por lo tanto, lo que le conviene hacer es atender a lo que se le demanda, sin ir más lejos: aportar soluciones a problemas que aún no se han descrito con exactitud pero que ya tienen fecha de caducidad. En cualquier caso, se trata de que la universidad forme parte de la maquinaria socioeconómica actual, como si de un resorte más se tratara. No hay que olvidar que también se piensa que la universidad del siglo XXI no debe hacer otra cosa que seguir cumpliendo con su misión originaria, aquella por la que fue creada a principios del siglo XII. Son muchos los que se niegan a que la universidad se arrodille ante las demandas externas y renuncie, así, a sus fines iniciales, aunque esto no quita que las instituciones universitarias deban hacer un esfuerzo de adaptación a los nuevos tiempos. Ambas formas de encarar el tema, y otras que se podrían mencionar, exigen, como paso previo y obligatorio, repensar el concepto de universidad. Repensarlo en su naturalidad, es decir, alejada de cualquier propuesta como puede ser el ya mencionado *Proceso de Bolonia*. El concepto de universidad está por encima de instituciones y políticas universitarias, o mejor dicho, tiene una dimensión filosófica que lo fundamenta.

El objetivo de este trabajo es indagar en los rasgos filosóficos que definen a la universidad, y reflexionar sobre el bien personal y social que ésta puede aportar a día de hoy, es decir, en tiempos de profundos cambios. A estas alturas, da la sensación de que queda poco por decir sobre la universidad y, según como se mire, es una sensación certera. De hecho, basta con leer los textos que ilustres autores han dedicado al asunto, para darse cuenta de ello (Newman 1852; Ortega y Gasset 1930; Heidegger 1933; Kerr 1963; Bowen and Shapiro 1998; Barnett 2000; Scott 2006; Laredo 2007). Sin embargo, los tiempos cambian y la reflexión de la universidad, o la *metauniversidad*, no puede permanecer inmóvil, es más, exige un ejercicio de crítica continua, especialmente sobre sus fundamentos.

2 RASGOS ESENCIALES DE LA UNIVERSIDAD

El concepto universidad forma parte del elenco de ideas que ha construido Occidente, es decir, es un *proprium* de nuestro contexto. Se trata de uno de esos constructos conceptuales que se han mantenido en pie con el paso del tiempo. Cualquier época histórica incluida entre la Alta Edad Media, o también llamado renacimiento del siglo XII, y la contemporaneidad, ha hecho uso de la idea de universidad. En unas épocas con más intensidad que en otras, en unos lugares con más cuidado que en otros, pero la universidad ha sido juez y parte del devenir histórico occidental (Rüegg 1992; Rothblatt and Wittrock 1993).

Pero, ¿qué es realmente la universidad?, ¿se trata de una manera de referirse a tal o cual institución de Educación Superior, o es algo más?, ¿qué rasgos definen a una institución como la universidad, y qué rasgos la diferencian de otras instituciones que pudieran confundirse con ella?, o incluso, ¿todas las universidades que existen hoy son realmente universidades? En este sentido, vale la pena señalar que algunos autores han identificado la idea de universidad como una idea comadreja (*weasel-word*) (Fernández-Carvajal, 1994). Los autores que se han dedicado al asunto ponen en evidencia que la universidad es mucho más que una institución social y formativa, y por lo tanto, el primer corolario que debemos considerar es que el concepto universidad supera a cualquier institución que lleva su nombre (Newman, 1852; Ortega y Gasset, 1930). La universidad vive en una tensión permanente entre lo que es y lo que debería ser. Lejos de lo que pueda parecer, no se trata de una tensión propia de nuestros días. Las tres épocas anteriores a la contemporaneidad que conforman la historia de la universidad: la medieval, la que va del siglo XVI al XVIII y la moderna, confirman que la tensión, y también el desencuentro, forma parte de dicha institución, de su esencia (Rüegg, 1992, 1996, 2004). Además, y tal y como apuntara Kant (Kant, 1999), esa tensión incancelable, entre la necesidad de adaptación a las circunstancias de cada momento y lugar, y la necesidad de cumplir con su misión original, es, precisamente, lo que da vida a la universidad, algo así como su elixir vital.

Como ya hemos dicho, la propia palabra universidad tiene una dimensión filosófica que sustenta la actividad académica, o mejor dicho, y como veremos más adelante, la actividad académica tiene un fundamento filosófico de primer orden.

No existe una única aproximación al concepto universidad, aunque es cierto que las más citadas mantienen unos rasgos constantes que permiten, por lo menos, sentar unas bases para movernos con paso firme ante la complejidad del asunto. Dicho de otra manera, el

concepto universidad tiene una semántica sólida y flexible al mismo tiempo, pues también está a expensas de los tiempos que corren, es decir, de la cultura de cada momento. Entendemos por cultura aquel conjunto de ideas, patrones de pensamiento, valores morales, prácticas sociales, etc., que gobiernan una época concreta (Ortega y Gasset, 1936). La idea de universidad permanece como una constante que adquiere un sentido u otro según sea su adjetivación.

La palabra universidad proviene del latín *universitas* que, etimológicamente, significa totalidad de las cosas. El conjunto de mercaderes es la *universitas mercatorum*, el conjunto de ciudadanos es la *universitas civium*, y lo que hoy conocemos como universidad es la *universitas magistrorum atque scholarium* (Cortina, 2003). Lo que identifica a una universidad no es, pues, el propio concepto, que dicho sea de paso, simplemente indica una totalidad; lo que identifica a una universidad es la naturaleza de su totalidad, es decir, el fin que dicha totalidad pretende alcanzar. Dicho de otra manera, una universidad, *per se*, no es más que una corporación de personas; lo que hace que dicha corporación sea una universidad y no otra cosa, es el quehacer de dicha corporación, la misión que entre todos se pretende conseguir. Allí radica la esencia de lo que se entiende por universidad, en la actividad conjunta que se establece entre maestros, estudiantes, personal no docente, saberes, conocimientos, competencias y, porque no, valores.

También se ha entendido ese sentido etimológico de totalidad de las cosas, referido a la característica que entrañara ese conjunto de saberes a desarrollar, aprehender y conocer, de modo que abarcara la totalidad, es decir, un saber universal, a modo de cultural general, más que un saber específico que desconociera otros saberes particulares. Desde este punto de vista, la universidad comprendería una formación universal, amplia, de conocimiento global que permitiera ahondar en las más diversas disciplinas. Sin embargo, a lo largo de esos diez siglos, la especialización universitaria ha sido cada vez mayor en detrimento muchas veces de un saber global, y ello ha cuestionado también el sentido y la razón de ser de la universidad.

La universidad, como hoy la conocemos, es fruto de un proceso evolutivo constante y podemos afirmar por ello que existe una prehistoria de la universidad. Ésta cuenta con una serie de antecedentes que, aunque se encuentren lejanos en el tiempo y no sean universidad propiamente dicho, sí que contienen los gérmenes de ésta. Por citar algunos, Tales de Mileto (600.a.C) se rodeó de jóvenes que querían aprender las nociones de matemáticas que él mismo había adquirido a partir del conocimiento empírico de los sacerdotes griegos. Euclides (300.a.C) hacía algo similar con la geometría, Sócrates, Platón y Aristóteles con la filosofía, y

lo mismo podríamos decir respecto al resto de los grandes maestros de la historia. En definitiva, basta con un breve repaso a la Historia Antigua para constatar que los grandes maestros, que vivieron antes de que existiera universidad alguna, se rodearon de entusiastas seguidores que escuchaban sus lecciones (Bayern, 1978). Este hecho, que suele pasar desapercibido, demuestra dos cosas importantes: por un lado, que la universidad es el resultado de un proceso evolutivo que cristaliza en la Alta Edad Media, y por otro lado, que es una realidad que se encuentra en permanente cambio. Precisamente, la historia nos demuestra que aquellas instituciones universitarias que no han evolucionado con el devenir de los tiempos, han perecido, más pronto que tarde.

En cualquier caso, fue Casiodoro (s. VI) quien propuso un primer esbozo de lo que acabaría sucediendo en las primeras universidades. Por primera vez, se trata de aunar en una misma comunidad a maestros y estudiantes. La propuesta del gran historiador romano, que bien podría resultar anecdótica, es de suma importancia. Ya no se trata de que un maestro peregrino se rodee de jóvenes ansiosos por saber y centre sus enseñanzas en un ámbito de conocimiento concreto, sino que de lo que se trata es de re-unir a diferentes maestros en una misma comunidad y, consecuentemente, aunar diferentes caminos de acercarse a la verdad. Alcuino, por orden de Carlomagno, redondea la propuesta iniciada por Casiodoro estableciendo lo que podríamos considerar como el primer programa de estudios superiores, nos referimos a las conocidas *Artes Liberales* (Bayern, 1978; Pérez-Díaz, 2010). La importancia de este primitivo “plan de estudios”, si es que se puede llamar así, es vital y a ello nos dedicaremos más adelante. Las Artes Liberales estaban organizadas en dos ciclos de cursos: el primero era el *Trivium* que estaba vinculado directamente con las letras y lo constituía la gramática, la retórica y la dialéctica; el segundo era el *Quadrivium* que estaba relacionado con las ciencias, con la matemática concretamente, y lo formaban la aritmética, la geometría, la música y la astronomía. Así, éste puede ser un ejemplo de ese nacimiento del conocimiento en el entorno universitario. En este punto, vale la pena decir que las universidades norteamericanas mantienen, a día de hoy, el concepto de Artes Liberales en sus programas de estudios universitarios (Nussbaum, 2001). Insistimos una vez más, la universidad, como concepto filosófico, se gesta incluso antes de la fundación de las primeras instituciones universitarias, llegando a plasmarse en realidades como son las escuelas monásticas, las episcopales o las municipales (Rábade, 1996).

En adelante, vamos a describir los rasgos de la universidad, las diferentes maneras de entenderlos, y como ya hemos anunciado, vamos a analizar la situación en la que a día de hoy

éstos se encuentran. Podría pensarse que son rasgos de un pasado remoto, pero guste o no, son los rasgos que, aún a día de hoy, nos permiten hablar de universidad. Nos referimos a la formación, la universalidad, la gremialidad y la convivencia.

2.1 La formación en la universidad

El primer rasgo de la universidad al que hacemos referencia es el de la formación. La universidad es, en esencia, el lugar de formación en altos estudios superiores, o también llamados terminales por tratarse de los últimos del proceso formativo, aún a pesar de la formación permanente en la que las profesiones actuales están inmersas. No se concibe una universidad que no se dedique a la formación en la profesión, y hay que señalar que dicho rasgo no es propio de la modernidad sino que las primeras universidades se caracterizaban por ser el lugar donde se formaba a los futuros profesionales que la realidad demandaba. Sin embargo, no es ésta una función que, a nivel general, se atribuya a las primeras instituciones universitarias en las que predomina una imagen romántica según la cual, la universidad medieval descartaba cualquier atención a las profesiones y dedicaba todos sus esfuerzos al ejercicio intelectual. Es más, gran parte de las críticas que reciben las instituciones universitarias están centradas en la excesiva, e incluso ciega, obediencia que éstas ofrecen a la formación cultural o intelectual y en el poco caso que se hace a la formación profesional. Una crítica que tiene sus allegados, pero también sus detractores. No en vano, muchos defienden que una formación cultural o intelectual no está reñida con la formación profesional, sino que van más bien de la mano las unas, de la otra. Todo buen profesional, para el buen ejercicio de su práctica precisa de un conocimiento intelectual que no puede desligarse tan fácilmente de la implementación práctica de la profesión. Aún cuando esta discusión aún hoy en día tendría sus defensores, vemos que la teoría y la práctica se presentan aún en muchos entornos como dos aspectos diferenciados y diferenciales en los ámbitos universitarios. No por ello dejamos de ser conscientes de la distancia que en muchos entornos universitarios ha habido y aún hay en relación al ejercicio profesional para el que están formando.

Las primeras universidades adquieren el sentido de los gremios profesionales propios de la época, en los que, efectivamente, se enseñaba el ejercicio de una profesión. Por poner un ejemplo: los estudiantes de la facultad de derecho de la Universidad de Bolonia rondaban los treinta años y eran escribanos, canónigos y servidores de los poderes civiles, que buscaban una formación meramente profesional. También es importante señalar que las tres primeras

facultades universitarias que se conocen no desarrollaban un trabajo primordialmente intelectual o cultural, sino profesional. Así es, los estudios de Teología, Derecho y Medicina respondían a la imperiosa necesidad de la época de contar con personas que demostrasen competencia en materia teológica, en leyes y en la salud humana.

Dicho esto, ¿dónde queda la formación intelectual?, ¿no es cierto que ésta era propia de las primeras universidades, y por lo tanto, parte esencial de la idea de universidad? El *quid* de la cuestión está en que la formación en la profesión no se desarrollaba de una manera práctica sino especulativa. La formación profesional de las primeras universidades no se entendía como el proceso de enseñanza y de aprendizaje de un conjunto de técnicas al uso que permiten ejercer una profesión. Se entendía más bien como la formación en el conocimiento de la verdad a través de la práctica profesional. En otras palabras, el objetivo era que el futuro profesional aprendiera a profesar la profesión (Derrida, 2002). Aquí reside, a nuestro parecer, una de las razones más importantes de la idea de universidad, a saber: no hay actividad profesional válida, si no se conjuga con la actividad académica que, dicho sea de paso, es la actividad propia de la universidad.

Una actividad académica que no puede surgir si no es de una interpelación por la realidad, de un afán de conocer, de un gustar y degustar cuánto acontece a nuestro alrededor, que en definitiva proviene de la capacidad de sorprenderse por el mundo, de interrogarse por él y de querer saber y conocer más (Weber, 1983). La actividad académica es aquella que permite especular con el conocimiento, mirar con atención la realidad y examinar, mediante la investigación, el fondo de las cosas, una actividad basada en la pregunta más que en la respuesta, en la interpelación por cuánto acontece y nos rodea. Dicha idea está en la base de lo planteado entre los años 1802 y 1812, en los que pensadores de la talla de Fichte, Schelling, Scheleiermacher, Hegel y von Humboldt conciben dicha misión de la universidad y la plasman en la Universidad de Berlín nacida en Octubre de 1810 (Oncina, 2008). Dicha universidad es la que se conoce como universidad moderna o humboldtiana, en honor a su principal propulsor (Humboldt, 1991). La actividad universitaria, pues, no es aquella actividad que pasa por la superficie de modo frívolo y casi distraído, sino la actividad académica que se sumerge en la profundidad, se detiene en la realidad, se sorprende ante ella, la contempla, la contrasta y de ahí elabora conocimiento y surge ese afán de investigar. Se trata, por lo tanto, de un ingrediente que resulta del todo necesario para cultivar la actitud teórica, que es la actividad propia de las grandes Escuelas Filosóficas. Las primeras corporaciones medievales de maestros y estudiantes trataron de practicar esta actividad, especialmente en la Facultad

Menor de Artes, facultad por la que tenía que pasar cualquier estudiante antes de acceder a una Facultad Mayor profesional. Mediante la formación en Artes Liberales, que, dicho sea de paso, son las artes que liberan de la oscuridad que produce la ignorancia, se adquiere la actitud académica, que es condición *sine qua non* para ejercer una profesión. A buen seguro, las Artes Liberales han sido el motor de la idea de universidad y, según como se mire, también han sido el motor de los niveles educativos previos a la universidad. Cuestión diferente es que el hecho universitario haya sabido gestionar la tensión que existe entre la actividad intelectual y la profesional.

La Facultad de Artes Liberales, y en consecuencia la universidad, se preocupaba por la formación del *artista*, de aquel que contempla la realidad y medita sobre ella. En otras palabras, se preocupaba por facultar al futuro profesional en la actitud de la indagación que, a todas luces, es diferente a la mera capacidad de ejecutar un conjunto de técnicas. Indagar está relacionado con la asunción de la posible caducidad de los conocimientos, con esa voluntad de reciclaje formativo permanente, con el deber de ofrecer progreso a la comunidad y con la subida de nivel del prestigio profesional. Indagar implica capacidad de dejarse interpelar por la realidad, implica capacidad de sorpresa por las cosas más evidentes que puedan acontecer, capacidad de entusiasmo por conocer tales evidencias, afán de curiosear y dejarse sorprender por la vida misma.

2.2 La universalidad en la universidad

El segundo rasgo esencial al que queremos hacer referencia es el de la universalidad, y también aquí resulta interesante acudir a los orígenes para darse cuenta de lo que realmente representó la universidad, especialmente a nivel social. Las universidades medievales fueron centros de atracción universales tanto para estudiantes como para maestros; es más, las insignes universidades que iluminaron la Europa del siglo XIII, nacieron y crecieron gracias a la llegada de estudiantes de diversas naciones. Es conocido que a Bolonia acudieron estudiantes de la vecina Padua, que Oxford adquirió entidad por un grupo de estudiantes que provenía de París y que Cambridge nació porque un grupo de estudiantes llegaron desde Oxford. Así pues, cualquier corporación de maestros y estudiantes que respondiera al nombre de universidad, estaba formada por miembros de diferentes naciones que, incluso, se veían representadas en los órganos de gobierno de la propia universidad. En otras palabras, las universidades eran como colmenas formadas por diferentes enjambres de estudiantes y

maestros que procedían de diferentes lugares. La aspiración de todo *studium* local era llegar a ser un *studium generale*, un lugar abierto a personas de cualquier procedencia, en definitiva, una universidad.

Este rasgo de la universidad conlleva un conjunto de consecuencias que ayudan a comprender más y mejor su esencia; para empezar, es un rasgo que da pistas sobre la naturaleza del saber que se pretende transmitir y acumular. La universidad es una institución universal, y no sólo porque apueste por la universalidad del saber -no olvidemos que la universidad medieval estaba inserta en un orden político religioso con pretensiones de universalidad, y que se movía gracias al latín, lengua que también unificaba a los diferentes pueblos-, sino que los contenidos académicos, que ahora llamamos universitarios, también reflejan este carácter universal, igual que la pedagogía utilizada para transmitirlos, la escolástica (Pérez-Díaz, 2010). Sólo así se entiende que los estudiantes cruzaran media Europa para cambiar los textos de Boecio por los de Aristóteles, o para poder leer los tratados de Euclides y Tolomeo. Este movimiento de estudiantes rompió los muros de las escuelas monásticas y episcopales y, en buena medida, provocaron el nacimiento de un nuevo producto medieval: la universidad. Sobra decir el poder de atracción que los grandes maestros como Abelardo (París) o Graciano e Irrenio (Bolonía), ejercían sobre no pocos estudiantes del continente.

Se puede decir que las inquietudes occidentales también eran universales –reduciendo la universalidad a los límites geográficos europeos-, y lo que preocupaba en París no difería mucho de lo que preocupaba en Salamanca o Montpellier. Así pues, si se acudía a los grandes autores, especialmente a Aristóteles, era porque se tenía el convencimiento de que en sus textos se podrían sonsacar las soluciones que se andaban buscando.

La actividad académica se lanza a la búsqueda de la verdad, sea desde un punto de vista realista, según el cual sólo existen los ideales y toda idea mental tiene una realidad equivalente; o desde el punto de vista nominalista, según el cual sólo los sentidos garantizan la existencia de las cosas, y por lo tanto, los universales son generalizaciones de lo observado. Por un camino o por otro, parece quedar claro que la idea de universidad se alía con aquellos saberes que, por ser universales, permiten acercarse a la verdad en toda su amplitud y profundidad. Sin embargo, vale la pena señalar que fue precisamente la cerrazón en esta universalización, la que provocó la crisis de la escolástica o, dicho de otra manera, la pérdida de conexión entre la universidad y la realidad. Sí, se cayó en un tipo de discusiones sobre

conceptos abstractos que, aunque despiertan las facultades mentales, no conducen a la elaboración de conocimiento positivo y aplicado (Rothblatt, 1996).

En cualquier caso, el rasgo de universalidad de la idea de universidad nos parece de suma importancia para entender su misión y, como veremos más adelante, la manera como se ha tratado dicho rasgo ha marcado, en no pocas ocasiones, el devenir de la institución universitaria. No son pocos los autores que señalan que el abandono del universalismo y el consecuente auge de los nacionalismos provocó la primera gran crisis de la universidad a finales de la Edad Media (s. XIV-XV) (Valdeón, 1994).

Destacar esta característica de universalidad de la universidad, no es por ingenuidad. Sabemos que lo universal está aquí circunscrito al límite geográfico europeo, que dista mucho de cualquier parámetro universal si tenemos en cuenta la extensión geográfica que comprende los otros continentes mucho más amplios que el europeo. Pero ciertamente, cuando hablamos de universidad también la circunscribimos a lo europeo, que posteriormente arraiga como modelo educativo superior en otras latitudes del planeta, de tal modo que ahí sí ya cobra un cariz realmente universal.

2.3 La gremialidad de la universidad

El tercer rasgo al que nos gustaría hacer referencia es el que tiene que ver con la gremialidad. Como ya hemos dicho, las universidades quedan constituidas como tales cuando maestros y estudiantes se organizan corporativamente, es decir, la universidad adopta el modelo gremial propio de la Edad Media. Tiene su lógica, ya que por un lado la universidad pretende defender sus derechos delante de la comunidad y ampliarlos en la medida de lo posible; y por otro lado, pertenecer a la comunidad universitaria y ejercer el novedoso oficio de intelectual, exige unas condiciones o privilegios sin los cuales no es posible alcanzar la misión universitaria. Sobra decir que dichas condiciones son derechos y también deberes, que de alguna manera orquestan las diferentes situaciones de la vida académica.

Las relaciones que la universidad ha mantenido con el resto de la comunidad no han seguido un canon establecido, y tampoco han estado exentas de tensiones. Ciertamente, ha habido épocas en las que la universidad ha gozado de mayor autonomía, y épocas en las que ésta se ha visto sometida a un férreo control social. Aún así, vale la pena señalar que de una manera o de otra, las universidades siempre han estado controladas por poderes externos o, dicho de otra manera, han sido veladas por autoridades benefactoras que se implican en lo que

allí acontece. En más ocasiones de las deseadas, dicha atención se ha degradado a un uso de la universidad para conseguir fines que no están precisamente ligados con el bien que dicha institución persigue.

Así las cosas, la universidad se ha cobijado bajo el Imperio (ex privilegio imperial), como fue el caso de la Universidad de Salamanca. En este caso, era el monarca quien, a través de representantes, controlaba la universidad y su quehacer. También la Iglesia Católica se ha hecho cargo de la universidad (ex privilegio papal), como en el caso de Bolonia, y entonces es el Papa quien vela por la corporación de maestros y estudiantes. Existieron situaciones consensuadas, como es el caso de la Universidad de Viena, en las que ambos poderes mencionados, el rey y el Papa, ejercían control sobre la misma corporación. No se pueden dejar de mencionar casos como el de la Universidad de Oxford, que fue autorizada por ser ella misma (*ex consuetudine*), por el peso de la tradición. En este caso, ni el Rey ni el Papa, sino que es la propia universidad la que se autoriza como institución social con derechos y deberes (Iyanza, 2000). La cuestión será ver cuál de estas opciones, u otras diferentes, es la más acertada para que la universidad pueda seguir cumpliendo con su misión.

En cualquier caso, la universidad no puede existir ni sobrevivir en el vacío, sino que se debe al hecho social, político y económico de cada tiempo y lugar, que así como la caracterizan, también la mediatizan. No estamos ante una institución independiente cuyo fin no tiene nada que ver con el fin social, sino todo lo contrario, la universidad adquiere sentido cuando se la considera como una realidad que mantiene una íntima relación con otras realidades y no vive a espaldas de la sociedad.

Pero, como hemos dicho anteriormente, este rasgo de la idea de universidad no condiciona únicamente su relación con el exterior, también condiciona su dinámica interna. Los miembros de la universidad conviven como los de cualquier otro gremio, es decir, están sometidos a unos principios rectores que, de una manera o de otra, organizan el quehacer diario. Es más, el cumplimiento de estos principios permite catalogar a una universidad como tal y, viceversa, su incumplimiento representa una traba considerable para que una corporación de maestros y estudiantes adquiera la categoría de universidad. Por ejemplo, es la universidad la que adquiere el poder de decisión sobre qué pasos se han de dar para sentarse en la cátedra. Pero no sólo eso, también es la universidad la que se organiza en torno al cultivo de una profesión, la que decide lo que debe ser enseñado y aprendido, la que decide acoger a unos estudiantes y no a otros, etc. La universidad tiene un carácter corporativo y, lo que es más importante, dicho carácter exige una organización académica, sin la cual es difícil

conseguir lo que se pretende. La gremialidad de la universidad debería discutirse también en tiempos de cambio.

2.4 La convivencia en la universidad

El cuarto y último rasgo de la universidad es el que podríamos llamar “vida universitaria”. La universidad puede ser entendida como un centro de enseñanza superior, pero también puede ser concebida como un hogar de formación al más alto nivel, y por tanto en su faceta humana integral y no meramente intelectual.

En las primeras universidades, los estudiantes que no gozaban de buena salud económica, que dicho sea de paso eran la mayoría, se alojaban en los *hospitia*. Dichos centros representaron el germen de los *collegia*, y se extendieron rápidamente por la mayoría de ciudades universitarias de Occidente. De hecho, resultaba complicado no encontrar algún *hospitia* de estudiantes allí donde había una universidad. La conversión del hospicio en colegio fue de vital importancia, pues lo que eran lugares de penosa residencia, se convirtieron en centros en los que se impartían cursos y se vivía un ambiente de formación cultural y, por lo tanto, de crecimiento personal. En otras palabras, lo que fue pensado como un lugar de paso devino en un lugar de vida intelectual que pronto formó parte esencial del concepto universidad (Llano, 2003). Los colegios universitarios cumplen condiciones sin las cuales no habría universidad. La vida universitaria, la vida en los colegios, garantizaba una sólida formación profesional, al tiempo que fomentaba un profundo sentido de lo que hoy llamaríamos ciudadanía. Sí, la vida en un colegio universitario vela por un exquisito tratamiento de las formas y los hábitos propios de la vida orientada al conocimiento. Otra cuestión es el papel que hoy en día tienen los colegios universitarios, y sobre todo, cómo se las apañan las universidades que han decidido deshacerse de ellos. A excepción de los *British College*, especialmente los que se encuentran en las ciudades de Oxford y Cambridge, y los que rodean a las universidades norteamericanas más influidas, precisamente por el modelo universitario inglés, el resto han desaparecido, o han caído en desuso.

La vida universitaria es un medio para llegar a ser personas reflexivas, sobrias y valerosas, pero también es un fin, pues si a algo debe aspirar la universidad es a que los estudiantes practiquen una vida universitaria. Es decir, llevando una vida universitaria se alcanza la formación liberal (Pérez-Díaz, 2010). Ser universitario incluye la práctica cotidiana de una serie de hábitos que tengan que ver, entre otras cosas, con la libertad, la autodisciplina,

la seriedad, etc. También con los valores propios de un proceder adulto, de un ser humano libre, inteligente y con capacidad para amar. Tres puntales –libertad, inteligencia y capacidad de amar- que podrán trabajarse en el seno universitario, fruto de la convivencialidad, del saber académico y de la mirada universal al mundo anclada en la libertad. También puede decirse que la vida universitaria consiste en la formación del carácter, en la práctica de las virtudes éticas que, en clave aristotélica, son aquellas que nacen de la costumbre (Aristóteles, 1999). Al fin y al cabo, una universidad que opta y asume el reto de formar y educar para saber, para saber hacer, para saber ser y para saber vivir juntos.

3 A MODO DE CONCLUSIÓN

Ciertamente, podemos renunciar a un pasado más o menos glorioso, y lanzarnos a la construcción de una nueva universidad, de algo que aún está por construir y que debe fundamentarse sobre nuevos principios filosóficos. También podemos quedarnos anclados en un pasado que ya no existe, y que poco tiene que ver con la realidad en la que ahora nos encontramos. Como se ha podido ver a lo largo del trabajo presentado, nadie niega que podamos encontrar un punto medio en todos y cada uno de los rasgos definitorios de la idea de universidad.

Nadie niega que la universidad de hoy deba ser el centro de formación profesional por excelencia, quizá no el único, pero sí el de referencia. Ahora bien, algo nos dice que si nos centramos en este tipo de formación, y desatendemos la formación humanística, corremos el riesgo de contar con excelentes profesionales que no demuestren en su quehacer diario un comportamiento ético y, por ello, exentos de las competencias que se requiere de ellos para su bien hacer y bien ser profesional. El día a día nos demuestra que dicho riesgo puede ser real, que determinados comportamientos de personas con estudios universitarios no contemplan la dimensión ética, humanística y/o cultural. Defendemos que la formación humanística es una parte esencial de la formación universitaria, en tanto que ésta última es una transformación vital, una experiencia de vida que conduce a la excelencia personal, intelectual, profesional y ciudadana. La Educación Superior no es solamente la educación que se encuentra en el nivel más alto de un determinado sistema educativo, y que por lo tanto está orientada a la alta cualificación en diferentes ámbitos de conocimiento, sino que también es la educación que permite alcanzar el nivel superior de perfeccionamiento humano en el sentido más amplio y profundo del término. Visto así, hablar de formación humanística en la universidad es hablar

de formación universitaria, pues la primera es una parte esencial y fundamental de la segunda, está imbricada en ella. Dicho de otra manera, la una no se entiende sin la otra.

También podemos apostar por una formación ciertamente específica, concreta y situada, o bien, por una formación de carácter general. Ambas posiciones conllevan debilidades. Hemos tratado de demostrar que una formación específica no desarrolla su pleno sentido si no cuenta con una formación general previa, formación a un nivel superior y que no tiene que ver con aquella que se da en niveles educativos previos a la universidad. Por supuesto, una formación general que no se concreta en algo específico, es una formación universitaria que no acaba de cumplir con su cometido. Hoy en día, más si cabe, los problemas de un sector profesional son los problemas que incumben a otros sectores, y los profesionales que ejercen determinadas profesiones no pueden desentenderse de lo que ocurre en sectores que puedan parecer ajenos, pues las causas de un sector suelen ser las consecuencias de otros, y viceversa, en este nuestro mundo global y globalizado.

También hemos podido comprobar que la universidad, en tanto que corporación de maestros y estudiantes, tiene una determinada manera de funcionar, manera que, o bien puede cometer el error de quedarse aislada de la realidad social, o bien puede rendirse a ella. La universidad, y lo que en ella acontece, necesita autonomía y libertad; su historia se ha encargado de demostrarlo. Ahora bien, se trata de una autonomía y libertad que sirva para comprometerse con el hecho social, no para alejarse de él. Nos vemos en la necesidad de encontrar mecanismos que profundicen en este diálogo permanente entre la universidad y la realidad política, social y económica de las diferentes comunidades.

Por último, podemos pensar que en la universidad se debe estar de una manera concreta, como ocurría en un pasado más o menos lejano, o que se puede estar de muchas maneras posibles, como ocurre en la contemporaneidad. Sin embargo, algo nos dice que ambos extremos no ofrecen una explicación completa. En la universidad se puede hacer presencia de modos diversos, pero no se puede estar de todas las maneras posibles. Muchas de las quejas actuales de no pocos profesores se centran, precisamente, en estas maneras de estar de determinados estudiantes que no benefician una vida universitaria, que no garantizan el *ethos* necesario y óptimo para buscar la verdad.

En definitiva, no podemos negar que la universidad debe adaptarse a las nuevas circunstancias, hacerlo sería una temeridad, pero tampoco podemos negar que sería igualmente temerario olvidarnos de dónde venimos, qué es lo que nos ha permitido llegar

hasta donde hemos llegado, y sobre todo, cuáles son nuestros fundamentos históricamente heredados.

UNIVERSITY OF TODAY AT THE CROSSROADS

Abstract

Since 1999, the signing of the Bologna Declaration, if not before, the university is still the subject of intense debate. Saving the specific, first we find a way to think about college that does not renounce his past and focuses its attention on a story or so glorious. On the other hand, we are dealing with a speech defending a university adapted to the times; a new university that perhaps has little to do with his past. Both views have their advantages, but also have certain weaknesses and, more importantly, none of them seemed to offer a full explanation of the university demanded postmodernity. We argue that, far from what it may seem, is not opposed positions, or incompatible. This paper is dedicated to providing a possible starting point.

Keywords: University; Teaching Ethics; Postmodernism; Bologna

A UNIVERSIDADE DE HOJE NUMA ENCRUZILHADA

Resumo

Desde 1999, data da assinatura da Declaração de Bolonha, se não antes, a universidade tem vindo a ser objeto de um intenso debate. Ressalvadas algumas particularidades, nos encontramos, por um lado, com um modo de pensar a universidade que não quer renunciar ao seu passado e centra seu olhar numa história mais ou menos gloriosa, e, por outro, nos achamos diante de um discurso que defende uma universidade adaptada aos tempos atuais, uma nova universidade que talvez pouco tenha que ver com seu passado. Ambas concepções têm aspectos positivos, mas também apresentam debilidades e, o que é mais importante, nenhuma delas oferece uma explicação completa sobre a universidade requerida pela pós-modernidade. Defendemos que, longe do que possa parecer, não se trata de posições

contrapostas nem incompatíveis. O presente trabalho procura oferecer um possível ponto intermédio.

Palavras-chave: Universidade; Formação Ética; Pós-modernidade; Bolonha

REFERENCIAS⁵

Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos, 1999.

Aula de Ética. *La Ética en la Universidad*. Bilbao: Universidad de Deusto, 1995.

Barnett, R. *Realizing the university*. Buckingham: Open University Press, 2000.

Bayen, M. *Historie des Universités*. Paris: Presses Universitaires de France, 1978.

Beck, U. *Risk Society. Towards a New Modernity: Theory culture and society*. London: Sage, 1992.

Bonvecchio, C. *El mito de la universidad*. México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1991.

Bowen, W., and Shapiro, H. *Universities and their Leadership*. Princeton: University Press, 1998.

Castells, M. *The rise of the network society*. Oxford: Blackwell Publishing, 1996.

Cortina, A. *La universidad desde una perspectiva ética*. En PEÑA, F. J. (coord.). *Ética para la sociedad civil*. (pp. 39-65). Valladolid: Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 2003.

Derrida, J. *La universidad sin condición*. Madrid: Mínima Trotta, 2002.

Duke, C. University Engagement: Avoidable Confusion and Inescapable Contradiction, *Higher Education Management and Policy*, 20, pp. 1-11, 2008.

Esteban, F. *Excelentes profesionales y comprometidos ciudadanos: un cambio de mirada desde la universidad*. Bilbao: Descleé de Brouwer, 2004.

European Comission http://ec.europa.eu/education/index_en.htm. [consultado en 12/07/2012].

European Council <http://www.european-council.europa.eu/home-page.aspx>.; [consultado en 12/07/2012].

European Higher Education Area: <http://www.ehea.info/> [consultado en 12/07/2012].

European Univesrity Association <http://www.eua.be/Home.aspx>.; [consultado en 12/07/2012].

⁵ As referências deste artigo foram mantidas conforme o original internacional. (Notas dos editores).

Fernández-Carvajal, R. *Retorno de la universidad a su esencia*. Murcia: Secretariado de Publicaciones, 1994.

Forbrig, J. (ed.) *Revisiting youth political participation* Strasbourg: Council of Europe Publishing, 2005.

Giddens, A. *Modernity and Self Identity. Self and Society in the Late Modern Age*. London: Polity, 1991.

Giner de los Ríos, F. *Escritos sobre la Universidad Española*. Madrid: Espasa Calpe, 1902.

González, J. and Wagenaar, R. (eds.) *Tuning Educational Structures in Europe. Final Report. Phase One*. Deusto: Universidad de Deusto, 2003.

Humboldt, W. Sobre la organización interna y externa de los establecimientos científicos superiores en Berlín. En C. BONVECCHIO (ed.), *El mito de la Universidad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 75-96, 1991.

Heidegger, M. *Die Selbstbehauptung der deutschen Universität*, Repr., Madrid: Tecnos., 1989.

Iyanza, A. *Historia de la universidad en Europa*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2000.

Kant, I. *La contienda entre las facultades de filosofía y teología*. Madrid: EditoriaTrotta, 1999.

Kerr, C. *The uses of the University*. New York: Harper & Row Publishers, 1963.

Laredo, P. Revisiting the third mission of universities: Toward a renewed categorization of university activities?, *Higher Education Policy*, 20 (4), 441-456, 2007.

Llano, A. *Repensar la universidad. La universidad ante lo nuevo*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, 2003.

MICINN (2010) *Estrategia Universidad 2015. La Gobernanza de la universidad y sus entidades de investigación e innovación*. [Disponible en <http://firgoa.usc.es/drupal/files/Documento%20Gobernanza%20CRUE%20FCYD.pdf>, consultado el 18/03/2012].

Newman, John Henry Cardinal. *The idea of a university*. Repr., New York: Longmans Green and Co., 1927.

Nusbaum, M. *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. Barcelona: Andrés Bello, 2001.

OECD: <http://www.oecd.org/>. [consultado en 12/07/2012].

OECD, 2007. *Tertiary Education Systems and Labour Markets*. [Disponible en <http://www.oecd.org/dataoecd/55/31/38006954.pdf> , [consultado en 12/07/2012].

Oncina, F. (Ed.). *Filosofía para la Universidad, filosofía contra la Universidad (de Kant a Nietzsche)*. Madrid: Dykinson, 2008.

Ortega y Gasset, J. *La misión de la universidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1930.

Ortega y Gasset, J. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Alianza Editorial, 1936.

Pérez-Díaz, V. *Universidad, ciudadanos y nómadas*. Madrid: Ediciones Nobel, 2010.

Rábade, M^a P. *Las universidades en la Edad Media*. Madrid: Arco Libros, 1996.

Rothblatt, S. Los miembros de Osiris: la educación liberal en el mundo de habla inglesa. In: Rothblatt, S. y Wittrock, B. *La universidad europea y americana desde 1800*. Ediciones Pomares Corredor: Barcelona, 1996.

Rothblatt, S. y Wittrock, B. *La universidad europea y americana desde 1800*. Ediciones Pomares Corredor: Barcelona, 1996.

Rüegg, W. (Ed). *A history of the University in Europe. Vol I*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.

Rüegg, W.(Ed). *A History of the University in Europe. Vol II. Universities in the Modern Europe*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Rüegg, W (Ed). *A History of the University in Europe. Vol III. Universities in the Nineteenth and early Twentieth century*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

Saha, J.L., Print, M., & Edwards, K. (eds) *Youth and Political Participation* .Rotterdam: Sense Publishers, 2007.

Scott, J. The Mission of the University: Medieval to Postmodern transformations, *The Journal of Higher Education*, 77 (1), 1-39, 2006.

Sloam, J. Teaching Democracy: The Role of Policital Sience Education, *British Journal of Politics and International Relations*, 10, pp. 509-524, 2008.

Thorens, J. Role and Mission of the University at Dawn of the 21st Century, *Higher Education Policy*, 9 (4), 267-275, 1996.

Valdeon, J. Universidad y sociedad en la Europa de los siglos XIV y XV. En: Aguade, S. (coord). *Universidad, Cultura y Sociedad en la Edad Media*. Madrid: Universidad Alcalá de Henares, 1994.

Webber, M. *El trabajo intelectual como profesión*. Barcelona: Bruguera, 1983.

Wyatt, J. *Commitment to Higher Education. Seven West European Thinkers on the Essence of the University. Max Horkeimer, Karl Jaspers, F.R. Leavis, John Herny Newman, José Ortega y Gasset, Paul Tillich, Miguel de Unamuno*. Buckingham: Open University Press, 1990.

Data de recebimento: 10/08/2012
Data de aceite: 18/08/2012